

Winston Morales Chavarro\*

LÁZARO

*a Jader Rivera Monje*

Ahora que soy tantas cosas al tiempo  
ahora que asumo mis vidas pretéritas  
y las lanzo a la carne o al barro  
para que se vuelvan poemas  
o pequeñas hojas que se enfrenten  
al aire rizado del Zaire  
me llaman Lázaro.  
Soy Lázaro  
el hijo de Betania  
el hermano de Martha y de María  
he conocido la muerte  
su río de rosas, gladiolos, violetas, mirtos y lirios  
que he transitado, navegado y respirado  
en los cuatro días que duró  
esa odisea por el mundo fascinante de las sombras.  
Soy Lázaro  
tengo setenta nombres  
música, viento, pájaro, buey, lluvia  
son algunos de ellos  
creo en la resurrección  
en la pervivencia  
en el soplo cálido que trasciende  
más allá de estas tribus.

---

\* Poeta nacido en Neiva. Obtuvo, entre otros, los siguientes premios y reconocimientos: Premio Nacional de poesía Universidad de Antioquia (Medellín, 2001), Premio Nacional de Poesía Universidad Tecnológica de Bolívar (Cartagena, 2005), Premio Internacional de Poesía David Mejía Velilla (Universidad de La Sabana, 2014, Bogotá). Correo electrónico: winstonmoraleschavarro@gmail.com.

*Gramma*, XXVI, 54 (2015), pp. 62-64.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Me he levantado del barro nueve veces  
y ahora  
soy el polvo que no vuelve al polvo.  
Mis manos y pies  
todavía están atados con envolturas de entierro  
pero también es cierto  
que bajo mi cuerpo crece la hierba  
circundan el gusano, el ciempiés, las calambrinas olorosas,  
la gaviota que remonta su vuelo  
en busca de otras corrientes de aire.  
Soy Lázaro  
habitante de Betania  
amigo de las sinagogas  
de Canaán, de Cafarnaum, de Nazaret, de Galilea  
y de otras tierras lejanas  
cuyos nombres no entenderían.  
Tengo el rostro cubierto con un paño  
pero cada vez que me levanto a la vida  
cada vez que una mariposa  
me recuerda que he nacido de nuevo  
el paño va cediendo paso  
a otras estrellas, a otras luces, a nuevas especies de animales,  
a otros caminos.  
Soy Lázaro  
y en este viaje al final de la vida  
me sentaré sobre otra roca  
a hilar el cordón sagrado  
el pedazo de río  
que me devuelva a otra corriente  
en donde todas las voces clamen,  
todos los músicos canten,  
todas las lluvias digan:  
“Lázaro, levántate!”

## LA MUERTE

*A Laurent Vigouroux, muerto en Iquitos Perú, abril 24 de 1999.*

Como situada en un espacio vago y remoto  
la muerte se va aproximando  
hasta tomarnos del brazo.  
Uno puede pensar que ella es nuestra sombra o nuestro sueño,  
quizás una hermana mayor  
que hace mucho abandonó la casa  
pero que de soslayo  
sorprende con su presencia de ola  
o su llanto de niña prodiga.  
En la ebriedad de la noche  
la muerte  
con su canto de corneja,  
con sus halos de oro arrojados al fuego,  
nos despierta del sueño o del letargo  
nos lanza hacia la calma definitiva de lo oscuro.  
Entonces comprendemos  
que siempre ha estado cerca  
que su presencia era como el rumor de un río  
bordeando la orilla de nuestra desembocadura más próxima.  
Pero a la hora del abismo  
a la hora del concierto fatídico  
—cuando el ave Fanza canta su réquiem en el traspatio  
o suenan antiguas campanas—  
la muerte nos es tan peculiar  
tan conocida  
que la sombra impenetrable  
súbita se transforma en estallidos de fuego  
y la noche hórrida  
en un laberinto de perfumes  
en donde empiezan a florecer anémonas  
en el solar distante de la otra orilla.